

PRESENTACIÓN

Antoni Segura
Universidad de Barcelona

El Proceso de Barcelona pasará a la historia por haber sido el primer intento serio y parcialmente logrado de llevar a cabo una política euromediterránea autónoma e independiente y es el fruto de un largo recorrido histórico que tiene que ver con el proceso de construcción europeo, con la tendencia a articular grandes espacios socio-económicos que caracteriza al actual mundo globalizado y con la necesidad de alcanzar un desarrollo armónico, equilibrado y más justo en el espacio euromediterráneo. Un espacio que, a diferencia de otros que se están consolidando, se articula entre pueblos, países y Estados que tienen detrás de sí una larga —mileneria— experiencia compartida de contactos comerciales, de enfrentamientos y de reencuentros, de intercambios culturales, de mestizaje y de historia. Tienen un poso común indudable que nos retrotrae a la aparición de las ciudades, la agricultura, la ganadería y la escritura; al Egipto faraónico, a la Palestina bíblica; a la Grecia clásica y a los fenicios; a Roma; al nacimiento de las tres religiones monoteístas; a las Cruzadas; pero, también, al comercio medieval; al esplendor del Islam que durante siglos estuvo presente en las dos orillas del Mediterráneo; a Constantinopla —Estambul—; a la Ruta de la Seda; a los Imperios de la Edad moderna —el Mediterráneo que tan bien describió Fernand Braudel—; al corso, la piratería y de nuevo el comercio; al colonialismo y a un largo etcétera de experiencias históricas vividas y encabalgadas a lo largo de los siglos.¹ Experiencias que, muy a menudo, han estado conflictivas, de dureza en los enfrentamientos —todavía recientemente hemos de recordar la crisis de los Balcanes y el inacabable conflicto entre israelíes y palestinos—, pero también de rela-

¹ Un buen resumen reciente de la historia del Mediterráneo en Jean Carpentier y François Lebrun (Dir.), *Histoire de la Méditerranée*, Paris, Éditions du Seuil, 2001.

ciones comerciales, de intercambios humanos, culturales y tecnológicos, que es lo que caracteriza el espacio de este marco cerrado y lo diferencia de los otros grandes espacios socio-económicos que están surgiendo en el Pacífico, en el continente americano o en otros lugares del mundo.

A principios de la década de los años 90, el fin de la guerra fría y la desaparición de la URSS y del sistema de bloques dejaron un vacío de poder en diversas zonas del mundo, que impulsó nuevos movimientos geoestratégicos relacionados con el control de las reservas energéticas y con la creación de nuevas zonas de influencia política. Paralelamente, la Globalización tendía a configurar grandes unidades socio-económicas por todo el mundo, mientras, por primera vez, los países mediterráneos se planteaban una política mediterránea no supeditada a los intereses de las grandes potencias. La *Declaración de Barcelona* de 1995 respondía a esta nueva dinámica, puesto que los países mediterráneos (y también la Europa Oriental hoy en gran medida integrada en la UE) constituían, por motivos políticos, económicos e históricos, la zona de actuación preferente de la UE. El espacio mediterráneo tenía el valor añadido de milenios de historia común, de aproximaciones y enfrentamientos, pero, al mismo tiempo, de intercambios interculturales e humanos. El momento parecía propicio: proceso de paz en Oriente Próximo con la aplicación de los Acuerdos de Oslo (a pesar del asesinato de Isaac Rabin días antes de iniciarse la cumbre), perspectivas de transición política en algunos países árabes (Marruecos, Jordania) y los Acuerdos de Dayton que ponían fin a la guerra de Bosnia. Se fijaron, pues, unos ambiciosos objetivos económicos, políticos y culturales que, sin embargo, sólo se lograron de forma muy parcial.

El mundo ha cambiado mucho desde 1995 y queda todavía, un largo camino por recorrer, pues, se está lejos de lograr el objetivo fijado en la *Declaración de Barcelona* de 1995 de «hacer de la cuenca mediterránea un ámbito de diálogo, intercambio y cooperación que garantice la paz, la estabilidad y la prosperidad. Por ello es preciso consolidar la democracia y el respeto a los derechos humanos, lograr un desarrollo económico y social sostenible y equilibrado, luchar contra la pobreza y fomentar una mayor comprensión entre las diferentes culturas».

Se ha avanzado bastante en el objetivo económico del «establecimiento gradual» de una zona de libre comercio mediterránea para el 2010. Pero es un avance unidireccional y vertical porque la movilidad de capitales (inversiones), mercancías y personas es siempre del Norte al Sur, no al revés; porque la integración comercial y económica Sur-Sur no se ha producido, y porque la política agraria comunitaria (PAC) resulta un obstáculo evidente para las exportaciones del Sur. Los avances en materia de cogestión de las

migraciones, derechos humanos, democratización, libertades e intercambios culturales han sido claramente insuficientes. Y, por último, la escasa inversión europea (9.000 millones de euros en 10 años) y los Gobiernos de José María Aznar y Silvio Berlusconi en dos de los países comunitarios que más directamente debían protagonizar el Proceso de Barcelona han sido un lastre evidente para impulsar la construcción del espacio euromediterráneo.²

A modo de resumen de este balance no nos equivocaremos demasiado diciendo que, en términos generales, el Proceso de Barcelona y los instrumentos de cooperación y financiación que se derivan han ayudado a los procesos de liberalización económica que se están dando en los países no comunitarios, a la progresiva fijación de zonas de libre comercio Norte-Sur y, mucho más débilmente, a la fijación de zonas de libre comercio Sur-Sur. Pero es notable el déficit en la creación de infraestructuras básicas en los países del sur (canalización y tratamiento de aguas, sanidad, educación, etc.) y en la mejora del marco legal para facilitar la inversión europea y la creación de redes de cooperación.

Hoy, Europa vive obsesionada por la seguridad y hay que entender que a medio plazo ésta sólo es posible, tal como fijaba la *Declaración de Barcelona*, alcanzando «un desarrollo económico sostenible y equilibrado para crear una zona de prosperidad compartida»; mejorando «las condiciones de vida de las poblaciones» del Sur; impulsando la creación de empleo y el avance de las libertades, de los valores democráticos y de respeto a los derechos humanos en los países no comunitarios; y combatiendo las actitudes xenófobas y racistas y desactivando el debate identitario-religioso en las sociedades europeas. Es necesario, por lo tanto, un mayor esfuerzo en inversiones y en cooperación, pero también en políticas sociales, culturales, migratorias, de sensibilización de los medios de comunicación y, principalmente, se necesita una mayor articulación y desarrollo de las redes de la sociedad civil asociadas a un Proceso de Barcelona renovado.

En los países no comunitarios la percepción es que todo lo que se ha hecho hasta ahora resulta todavía insuficiente y, a menudo, se percibe más como el resultado de los intereses económicos europeos en la región que como un compromiso explícito con su desarrollo. Contrariamente, en los países comunitarios —quizás de manera más sensible en los mediterráneos— se piensa que seguramente hay que financiar de manera más importante el proceso (la media de menos de 900 millones de euros anuales

² Utilizo el término de espacio euromediterráneo consciente de su concepción eurocéntrica (euro), pero, hoy por hoy, no disponemos de otra para referirnos a la construcción de dicho espacio.

—menos del 0,007% del PIB de la UE en 2005— es claramente insuficiente), pero, al mismo tiempo, se piensa que los países no comunitarios deberían esforzarse más en profundizar los procesos de transición política hacia el Estado de derecho y democrático y demostrar una mayor voluntad de cooperación en las cuestiones relacionadas con la emigración, el narcotráfico y la seguridad que tanto preocupan a las sociedades europeas. Paralelamente, en los países no comunitarios se cree que Europa debería variar de manera sensible su política internacional y tener un papel más activo y decisivo en la resolución de los conflictos que afectan a algunos de estos países, y, muy especialmente, por lo que respecta a la ocupación de Gaza y Cisjordania por Israel.

El contexto internacional pasó, sin duda, factura al Proceso de Barcelona, porque el mundo no es el mismo de 1995. El peso de las incertidumbres que se abrieron en el escenario internacional tras el 11-S ha afectado negativamente al espacio mediterráneo y de Oriente Medio: la ocupación ilegal de Iraq, que, si bien tuvo como efecto acabar con la dictadura de Saddam Hussein, ha propiciado la degradación violenta del país, ha demostrado su ineficacia dando alas y argumentos al terrorismo internacional y ha introducido en Oriente Medio un factor de inestabilidad política y militar de consecuencias imprevisibles para los países de la región; la perpetuación del conflicto palestino-israelí, que pasa por uno de sus peores momentos; la negativa evolución política reciente de Egipto y de los países del Magreb, especialmente en libertades fundamentales y respeto de los derechos humanos; el conflicto del Sáhara Occidental que sigue en el impasse en que se encontraba hace una década, eso sí con diez años más de sufrimiento y desesperación para la población afectada; los problemas de gestión planteados por unos flujos migratorios crecientes sur-norte (hoy viven en Europa entre 12 y 15 millones de musulmanes); la diferencia en el nivel de vida entre el norte y el sur (especialmente si consideramos la Europa de los 15 y excluimos a Turquía e Israel), que sigue siendo una de las más elevadas del mundo entre países vecinos; el reto del terrorismo internacional que ha golpeado duramente a las sociedades del norte (España, Reino Unido) y del sur del Mediterráneo (Egipto, Líbano, Jordania, Turquía, Túnez, Marruecos) y las actitudes islamofóbicas y antisemitas, el miedo al «otro», que se escampan por Europa alimentadas por los discursos xenófobos de la extrema derecha.

La Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de los países integrantes de la Asociación Eumediterránea, que, con motivo del 10.º Aniversario de la Conferencia Euromediterránea de Barcelona, se reunieron en la capital catalana el 27 y 28 de noviembre de 2005, bajo presidencia británica de la

UE e iniciativa española,³ hubiera tenido que servir para aproximar posiciones, consolidar un espacio de diálogo, fomentar el desarrollo compartido y las políticas de consenso (multilaterales) y solidarias, y avanzar hacia mayores cotas de libertad y respeto a los derechos humanos en el espacio mediterráneo. Sin duda, a medio plazo, todo ello resultaría mucho más efectivo para hacer frente a la amenaza del nuevo terrorismo internacional que las políticas erróneas propiciadas hasta ahora por las acciones unilaterales. Pero no fue así a la vista de los resultados obtenidos.

En estos diez años, los países comunitarios habían pasado de quince a veinticinco y entre los nuevos miembros figuraban dos de los PTM⁴ de 1995 —Malta y Chipre—, mientras Turquía había iniciado ya las negociaciones para fijar las condiciones y la fecha de su ingreso en la UE, a pesar de las resistencias y cicatería de algunos países europeos y de que la decisión quedará en manos de la UE aún cuando Turquía cumpla dentro de unos años las condiciones impuestas. El marco del 2005 era, pues, mucho más amplio —implicaba a 35 países, mientras en 1995 sólo eran 27— y abría unas posibilidades de actuación potencialmente mayores. Sin em-

³ Los países presentes en la Cumbre Eurmediterránea de Barcelona de 2005 fueron: Alemania (Canciller Angela Merkel), Argelia (Ministro de Asuntos Exteriores Mohamed Bedjaoui), Austria (Primer Ministro Wolfgang Schüssel), Autoridad Palestina (Presidente Mahmud Abbas), Bélgica (Primer Ministro Guy Verhofstadt), Bulgaria (Primer Ministro Sergei Stanishev), Chipre (Presidente Tassos Papadopoulos), Croacia (Presidente del Gobierno Ivo Sanader), Dinamarca (Primer Ministro Anders Fogh Rasmussen), Egipto (Primer Ministro Ahmed Nazif), Eslovaquia (Primer Ministro Mikuláš Dzurinda), Eslovenia (Primer Ministro Janez Jansa), España (Rey Juan Carlos I, Presidente del Gobierno José Luis Rodríguez Zapatero), Estonia (Primer Ministro Andrés Ansip), Finlandia (Presidenta Tarja Jalonon), Francia (Presidente Jacques Chirac), Grecia (Primer Ministro Kostas Karamanlis), Hungría (Presidente László Sólyom), Irlanda (Primer Ministro Bertie Ahern), Israel (Viceprimer Ministro Ehud Olmert), Italia (Presidente Silvio Berlusconi), Jordania (Príncipe Feisal al Hussein), Letonia (Presidenta Vaira Vike-Freiberga), Líbano (Primer Ministro Fuad Siniora), Lituania (Primer Ministro Algirdas Brazauskas), Luxemburgo (Ministro de Asuntos Exteriores Jean Asselborn), Malta (Primer Ministro Lawrence Gonzi), Marruecos (Primer Ministro Dris Jettu), Países Bajos (Primer Ministro Jan-Peter Balkenende), Polonia (Primer Ministro Kazimierz Marcinkiewicz), Portugal (Primer Ministro José Sócrates) Reino Unido (Primer Ministro Tony Blair), República Checa (Primer Ministro Jiri Paroubek), Rumanía (Primer Ministro Calin Popescu-Tariceanu), Siria (Ministro de Asuntos Exteriores, Faruk al Sharaa), Suecia (Ministra de Asuntos Exteriores Laila Freivalds), Túnez (Primer Ministro Mohamed Ghanouchi) y Turquía (Primer Ministro Recep Tayyip Erdogan). También participaron el Presidente de la Comisión Europea (J.M. Durão Barroso), el Alto Representante de Política Exterior y Seguridad Común del Consejo de la Unión Europea (Javier Solana), el Presidente del Parlamento Europeo (Joseph Borrell) y el Secretario General de la Liga Árabe (Amer Musa).

⁴ La Conferencia Euromediterránea de Barcelona de 1995 distinguía entre Países del Sur y del Este del Mediterráneo (PSM) y Países Terceros Mediterráneos (PTM).

bargo, la participación a nivel de Jefes de Estado y de Gobierno fue mucho menor de lo previsto y la cumbre, a diferencia de 1995, se cerró con una declaración de la Presidencia y no con una declaración consensuada entre todos los participantes.⁵ Las ausencias de dirigentes árabes, el disenso entre qué es terrorismo y qué es resistencia, la poca exigencia en el cumplimiento de lo acordado hace diez años sobre libertades democráticas y derechos humanos en los países no comunitarios, y una agenda europea centrada en la seguridad y la inmigración en detrimento del desarrollo compartido y poco dispuesta a exigir a Israel el cumplimiento de las resoluciones de Naciones Unidas abocaron a una declaración de mínimos. Así, con las referencias al código de conducta frente al terrorismo (que quedó por definir), a una mayor coordinación de los flujos migratorios, a un plan de acción para los próximos cinco años y al objetivo de articular una zona de libre comercio para el 2010, se intenta obviar que quizás se habían depositado en la cumbre unas expectativas que la realidad internacional impedía hacer realidad.

En este dossier hemos intentado hacer un repaso a algunas de las principales cuestiones —fracturas y convergencias— implicadas en la construcción de este espacio mediterráneo. Son trabajos que abordan algunos de los conflictos y de los encuentros —no todos, por supuesto ya que ello requeriría un volumen mucho mayor— que hacen y deshacen, día a día, el espacio mediterráneo y/o de las sociedades y países que lo integran. Así pues, los artículos que siguen pretenden ser una muestra no exhaustiva de los problemas, conflictos y políticas que dificultan o favorecen la creación de dicho espacio tal como fue definido en la Conferencia de Barcelona de 1995. Parecía, pues, oportuno empezar por una aproximación a la gestación de este espacio euromediterráneo desde los primeros pasos dados en Barcelona en 1995 y su posterior evolución. De ello se ocupa Vanesa Ruíz. A continuación, Gema Marín Muñoz realiza el balance crítico de las insuficiencias y contradicciones que han marcado hasta hoy el camino emprendido en Barcelona y, sobre todo, pone de relieve la incapacidad europea para comprender los cambios que se están produciendo en los países del sur del Mediterráneo; para encontrar las vías de diálogo necesarias con el islamismo reformista, que canaliza en buena medida las frustracio-

⁵ Si se publicó un texto final que presentaron a los medios de comunicación la presidencia británica de la UE y España como país organizador. En él se fija un marco de objetivos para los próximos 5 años dado que en 2010 debería haberse llegado al establecimiento de un área de libre comercio en el Mediterráneo según la Declaración de Barcelona de 1995. Sin embargo, el texto no fue rubricado por los países participantes. La versión en inglés puede consultarse en: <http://www.euromedbarcelona.org/>.

nes, las aspiraciones y las esperanzas de estas sociedades; y para hacer frente eficazmente a la visión y las políticas neocoloniales y neoconservadoras impulsadas por la administración Bush en la región. Bichara Kahder nos ofrece una aproximación a los flujos migratorios mediterráneos de las últimas décadas, con especial incidencia en las migraciones magrebíes hacia Europa, tomando como principal observatorio Francia. La construcción del espacio mediterráneo se ve obstaculizada, entre otras causas, por la no resolución del conflicto de más larga duración del último siglo, provocado, en última instancia, por la prolongada ocupación de los territorios palestinos de Gaza y Cisjordania y la no constitución de un Estado palestino. Es por ello que parecía apropiado dedicar los trabajos de José Abu-Tarbus y de Víctor Manuel Amado a cuestiones directamente relacionadas con dicho conflicto. Así, José Abu-Tarbus, partiendo de la victoria de Hamás en las elecciones de enero de 2006, realiza un análisis de la formación y evolución del movimiento nacional palestino hasta el fin de la hegemonía de Fatah. Por su parte, Víctor Manuel Amado realiza un análisis político-institucional del sistema político israelí desde la constitución del Estado de Israel hasta la actualidad. El artículo de María Angustias Parejo nos introduce en nuestro entorno mediterráneo más inmediato, Marruecos, tratando una faceta, sin duda, poco conocida, la evolución del comunismo marroquí desde sus inicios hasta la actual situación de responsabilidades de gobierno y de ascenso del islamismo. Para cerrar el dossier dos temas de sumo interés. Por una parte, el artículo de Víctor Gavin sobre Turquía y el proceso de negociación para su futura adhesión al UE —que incluye también un análisis sobre el conflicto de Chipre—; y, por otra, el de Paola Lo Cascio sobre la violencia política en la Italia de los setenta, porque, a diferencia de lo que se cree tras el 11-S de 2001, la violencia política no es una exclusiva de sociedades y países no europeos, sino que la actual Europa se gestó en un infierno de sangre (basta recordar las dos últimas guerras mundiales y sus decenas de millones de muertos) del que aún quedan algunos rescoldos por apagar.

El número se completa con las sesiones habituales de Miscelánea y Reseñas. En el apartado de investigaciones varias presentamos cuatro excelentes trabajos firmados por Severiano Rojo, Luís Ángel Sánchez, Carole Filière y Antonio Cesar Moreno. El primero de ellos estudia la construcción de una imagen mitificada de los vascos en Bretaña en el período de entreguerras. El artículo de Luís Ángel Sánchez trata de la presencia española en la Exposición Universal de París de 1878. Carole Filière analiza las obras de José María Gironella sobre la guerra civil española y Antonio Cesar Moreno profundiza en las formas de control de la de la prensa extranjera en España durante la Segunda Guerra Mundial.